
II. *Tiempos nuevos para las mujeres*

Sección Femenina Nacional del PCI

La razón que nos impulsa a considerar el tiempo como una cuestión política y cultural de nuestros años es simple: mientras el modo de pensar y de organizarse de nuestra sociedad están regidos por el concepto masculino del tiempo, como mujeres tenemos una concepción distinta.

Este hecho, que tiene raíces lejanas pero que en los años de la emancipación femenina se revela en contraste con la elección y los deseos de las mujeres, ¿es verdaderamente inmutable?

Creemos que no y por esto, como mujeres comunistas, proponemos un debate para impulsar un cambio concreto. Aún a través de una propuesta de ley de iniciativa popular.

Pero volvamos al punto de partida: ¿por qué hemos elegido justamente el tiempo como problema y como aliciente para afirmar una mayor libertad femenina?

La primera razón está en nosotras, en la subjetividad de las mujeres: los procesos de emancipación, la voluntad y la experiencia del trabajo, la maternidad como elección y no como destino, la inversión sobre nosotras mismas y no sólo sobre los otros, no constituyen una vía directa y fácil. No sólo por los grandes obstáculos que se encuentran en la sociedad, sino también por los conflictos interiores que traen consigo.

—¿Cuántas veces “escoger” resulta un deseo o una posibilidad incompleta?

—¡Cuántas veces “chocamos con nosotras mismas,” más que con las oportunidades desiguales que la sociedad nos ofrece!

La dificultad para elegir depende del hecho de que la racionalidad y el poder de la mente no alcanzan, que se tropieza con el propio cuerpo, con las emociones y los sentimientos. Romper con la pasividad, elegir un destino, es una obra de total invención para las mujeres, que

no resuelven los problemas del modo en que lo hacen los hombres. Aquí está la diferencia principal.

Esto es evidente a propósito de la maternidad. Tener distinta sexualidad y la capacidad de procrear ha sido decisivo. No obstante, elegir si y cuándo convertirse en madre es más complicado. "La maternidad como fantasma, mito, potencialidad, esquema de relación con el otro, está inscrita en la identidad de la mujer de un modo tan íntimo y delicado que parece imposible manejarla con elecciones puramente racionales. La capacidad reproductiva no es sólo una característica biológica, es el elemento portador y fundador de la diferencia sexual. Por lo tanto tiene esencialmente un carácter simbólico". El tiempo y el tiempo profundo de la maternidad no encuentra —a veces, en nuestra biografía y jamás en los tiempos sociales— el reconocimiento de su peculiaridad.

Imponer a los tiempos sociales este reconocimiento significa dar una voz al "tiempo interior" de las mujeres, considerado por siglos opaco e insignificante y hacerlo actuar en el tiempo histórico de nuestra sociedad.

No es sólo en la elección de procreación, cualquiera que ésta sea, donde está la contradicción entre el tiempo interior de las mujeres y el tiempo "dominante".

El "malestar" nace por el hecho de que, generalmente, los deseos y las propias capacidades se ven condicionados por modelos de pensamiento, de conducta y de relación que no pertenecen a nuestra autónoma proyección.

Es difícil afirmarse en los estrechos canales de una sociedad que en su organización material, en sus trabajos, en sus tiempos y en sus símbolos, considera al sexo femenino como complementario y subalterno del masculino, y es así que las mujeres terminan renunciando a una parte de sí.

Nosotras lo hemos llamado "el malestar de la emancipación", o sea: la experiencia que las mujeres logran en sus relaciones sociales, determinadas por el sexo masculino, como relaciones de poder que tienden a desvalorizar el elemento femenino. Nosotras no queremos que la emancipación sea, de hecho, la experiencia de la pérdida de partes importantes del ser.

Es por esta razón que queremos asumir como un patrimonio y, no más como un vínculo con la pasividad, la calidad y los intereses que la historia de las mujeres nos ha entregado: el interés por la comunicación,

la capacidad de relacionarse con los otros, la conciencia y la experiencia en el cuidado de las personas, para poder así valorizarlos saliendo del ámbito privado que por lo tanto es gratuito y generalmente ignorado.

No es nuestra intención rehabilitar la "feminidad tradicional", pero sí recrear las relaciones sociales y de sexo de modo que las experiencias, los pensamientos, los modos de ser de las mujeres tengan peso y valor, con todos los trastornos simbólicos, sociales y estructurales que esto significa, a partir de la jerarquía que ordena los tiempos de nuestras vidas. Existe una segunda razón que nos impulsa a tratar la cuestión del tiempo y que está ligada directamente a la organización de la sociedad, y que, como comunistas, queremos modificar. Nuestra observación es la siguiente: en la sociedad en que vivimos existe una "división del trabajo" con base en el sexo, que experimentamos todos y cada día.

El cuidado de los demás y el trabajo doméstico y familiar lo llevan a cabo las mujeres, aun aquellas que trabajan; en el mundo del trabajo comprobamos que existe todavía una concentración de las mujeres en algunos sectores productivos y, una desvalorización salarial y social de las tareas femeninas (escuela, salud, administración pública, textil, etc.).

Es evidente que ya no existe más la vieja "división de roles" por la cual se establecía: mujeres en casa, hombres al trabajo, pero existe una división del trabajo por la cual a las mujeres corresponde, como si fuera natural, ocuparse de las personas (hijos, ancianos, enfermos) entre otras cosas, sin ningún reconocimiento; y en relación con la esfera de los empleos "oficiales", les toca ocupar puestos de menor valor, no sólo económico, sino también de inferior categoría y con menores responsabilidades.

Mientras tanto, las mujeres, cada día más, desean un trabajo e invierten las propias energías y no están más dispuestas a discernir entre trabajo y afectos, entre trabajo y tiempo para sí mismas.

Es así que el conflicto con el tiempo surge de modo prepotente.

La división sexual del trabajo, en efecto, no es un simple principio organizativo de la sociedad, sino una armadura simbólico-cultural robusta, que presupone la subordinación femenina a la masculina y concibe sólo así la diferencia entre los sexos; de esta división deviene, entonces, no sólo una organización social, sino una valoración de qué es importante y qué lo es menos; qué es público y qué es privado; del tiempo "dominante" (el del trabajo) y aquel "oculto" (el personal, el del cuidado familiar. . .).

En otras palabras, la tradicional separación del tiempo de la vida y de la jornada que se nos ha impuesto confirma esta discriminación por sexo y se modela siguiendo las necesidades masculinas y el modelo industrial que hace girar todo en torno a la producción. Este es el motivo por el cual las mujeres tenemos siempre "hambre" de tiempo: porque debemos cumplir en la vida y en la jornada con varias tareas y con varios tiempos.

El problema entonces no es "tener más tiempo" para poner todo esto de acuerdo, sino ser libres para proyectar un uso más humano del mismo. Convertirnos en dueñas y patronas del propio tiempo.

Esto implica trastocar el modo de organizar y concebir el trabajo, el tiempo y la convivencia social.

Si las mujeres trabajan mucho, pero tropiezan con un modelo laboral masculino donde el tiempo es rígido y sólo el tiempo laboral es reconocido como importante; si asumir el cuidado al prójimo es un trabajo íntegramente social, compatible con tareas de servicio, cada día más importante y que requiere tiempo (pensemos en los problemas de la adolescencia y de la vejez), entonces es necesario "mezclar otra vez las cartas" y preguntarnos qué es importante, qué es público, y qué es lo que requiere tiempo (y el trabajo del cuidado familiar no es un asunto privado dado que es de vital importancia y que las mujeres no están ya dispuestas a afrontarlo solas).

Es menester decidir una nueva escala jerárquica.

En efecto, no es imposible. Es suficiente reconocer el trabajo de cuidado como "tiempo social", parte del ciclo laboral de los hombres y de las mujeres, comprendiendo menos rígidamente el ciclo de la vida, es decir, cambiando el tradicional y obligado itinerario de: estudio-30 años de trabajo ininterrumpido- jubilación.

La organización de un estado social y de políticas de trabajo de modo tal que garanticen recursos para el apoyo de las elecciones individuales y permitan la entrada o salida del sistema ocupacional con base en las necesidades familiares y de formación, ya sea para mujeres o para hombres, no costaría más que el actual, injusto e ineficaz estado social.

Los incentivos monetarios dejan inalterada la desigualdad, ante todo, entre hombres y mujeres. El trabajo de cuidado familiar debe convertirse en un derecho de todos, mujeres y hombres, que no perjudica sino que enriquece a la sociedad ya que debe ser considerado como un "tiempo social".

Con la reducción del horario de trabajo se reconocen derechos individuales, se valoriza el trabajo femenino desde el punto de vista salarial y social, siendo éste el modo más serio de reconocer la existencia de una sociedad femenina.

Ser realistas hoy significa ver qué sucede de verdad: las mujeres no estamos ya dispuestas a desperdiciar y confinar nuestras cualidades y nuestras capacidades que históricamente se fueron sedimentando, ni a sostener solas y con fatigoso esfuerzo un trabajo ordenador de la sociedad entera, como sería el cuidado al prójimo. ¡Tener tiempo para sí! Tiempo para el estudio, para el trabajo, para asistir a los seres queridos. Aglutinar todo esto, siguiendo un nuevo orden, significa crear un cambio que dará, sin duda, mayor libertad para todos.

Para esta causa convocamos también a los hombres. Para superar la división entre actividad privada y pública y de esta manera consentir la reducción de la jornada laboral y, sobre todo, para lograr que las mujeres tengan mayor libertad y puedan vivir más cerca de sus propios anhelos.

Hemos pensado que, para dar fuerza al proyecto de reconquista individual del tiempo, sería útil también una ley. Sabemos que los modos de pensar y los comportamientos en la esfera privada no cambian con decretos, pero sabemos que una ley de iniciativa popular como la que aquí proponemos puede ser un gran vehículo para las ideas y puede dar la oportunidad a tantas mujeres y hombres de comenzar a crear bases sólidas para una confrontación cultural, lo cual ha sido hasta ahora imposible, y cuyo logro dará lugar, paulatinamente, a los cambios sociales e individuales que aquí analizamos.

La necesidad de hacer que la política se convierta en algo concreto, y la convicción de que no es del todo imposible humanizar el tiempo, son las razones que nos han demostrado la utilidad de la creación de esta ley.

Pero existe otra razón más importante por la cual recurrimos al terreno legislativo y tratamos de hacer entrar la cuestión también en las instituciones: ésta es la convicción de que ha llegado, para las mujeres, el momento de ser, en sentido pleno, un sujeto autónomo en la política que no va tras los grandes temas de confrontación que se han abierto en toda Italia, ni renuncia a la propia autonomía, pero que es capaz de condicionar la política a partir de sí y de la propia experiencia. El estado social, el horario de trabajo, el poder de las entidades locales, los derechos de los usuarios, la función misma de la izquierda: los conflictos abiertos en todos estos campos, cambian, si llegamos a la cuestión

del manejo individual del tiempo. La discriminación de la elección se convierte en aumento de la libertad y del poder de las mujeres y de los hombres, no sólo de los ciudadanos o de los trabajadores o de los usuarios.

Intentar comprometer al Parlamento y cuántos más, mujeres y hombres posibles en esta apuesta, no se contradice con la crisis de las instituciones y la restricción de los espacios para la batalla democrática. Al contrario, es una elección consecuente y motivada: estamos convencidas de que no queda más que un espacio marginal para las mujeres si no se asume como parte del proyecto de afirmación de la libertad femenina la conquista de una democracia no condicionada por un restringido círculo de corporaciones y por el intercambio de recíprocas conveniencias entre centros de poder y sectores fuertes de la sociedad. Quien condujo en estos años el juego del neoliberalismo no sólo ha reestablecido la primacía del interés y del provecho, sino que ha cambiado los poderes democráticos y ha reducido los personajes capaces de condicionar la escena política. Esta tendencia podrá ser contrarrestada sólo si los sujetos no corporativos interesados en una libertad plena, como son las mujeres, ponen en juego toda su fuerza. No para sacrificarla en una causa superior sino para convertirla en una causa vencedora.

Nuestro intento es, en definitiva, el de transformar un proyecto ambicioso en cambios tangibles en la vida de todos los días.

Convertirse en dueñas y dueños del propio tiempo valorizando todas las fases de la vida; extender a todos la responsabilidad del cuidado de los otros; dar cuerpo a una democracia de la vida cotidiana que implicará cuestionar muchas de nuestras acciones consideradas naturales o inevitables, comporta también la transferencia de los recursos y de los poderes desde el individuo hacia una solidaridad más humana y participada. Todo esto en nombre de una mayor libertad que la sociedad moderna puede darnos si así nos lo proponemos y nos comprometemos para lograrla.